



EL SEXTO SELLO

Mercedes Martínez

EL SEXTO SELLO



Primera edición: abril 2023

© Comunicación y Publicaciones Caudal, S.L.

© Mercedes Martínez

ISBN: 978-84-19748-46-1

ISBN digital: 978-84-19748-47-8

Depósito legal: M-10083-2023

Editorial Adarve

C/ Luis Vives, 9

28002 Madrid

editorial@editorial-adarve.com

www.editorial-adarve.com

Impreso en España

A mi hermano Fernando

PARTE PRIMERA

CAPÍTULO 1

Nadie podría imaginarse que el número siete, día en el que mi madre, a la que jamás conocí, me abandonó nada más nacer a las puertas de una recóndita abadía, marcaría el destino de mi vida por completo.

Según me revelaron los monjes que me descubrieron en la mañana de un día siete de un caluroso mes de julio del año del Señor de 770 en la entrada del monasterio de San Antonio, muy cercano a la metrópoli de Toledo, yo estaba envuelto en una tosca manta en un rincón del recinto sagrado. No era el primero ni sería el último bebé que algunas mujeres dejaban al amparo de la piedad cristiana en las entradas de alguna iglesia por ser incapaces de tener medios para alimentar a un nuevo retoño. Los monjes, acostumbrados a ser testigos de escenas similares e incapaces de hacerse cargo de tantos huérfanos entregados por mujeres desesperadas, o bien devolvían los bebés a las pedanías cercanas o sencillamente los abandonaban en los campos habiéndoles dado previamente las aguas bautismales para que el Señor los acogiese en lo alto y orando para que alguna alma caritativa se hiciera cargo de esa desafortunada vida antes de que alguna alimaña salvaje lo encontrase.

Mi destino fue diferente.

Cuando me examinaron con mayor atención para ver si existía alguna indicación de quién era o de dónde provenía, algo que como era de suponer resultaba del todo inútil, la madre priora encontró una marca bajo mi nuca que se asemejaba bastante a un número siete. Ese dato, junto al hecho de haber nacido un día siete,

del mes siete, del año 770 fue interpretado como una señal divina. Tantas coincidencias no podían tratarse de meras casualidades. El siete es el número del descanso del Todopoderoso, la culminación feliz de toda su obra creativa. Fueron siete las congregaciones a las que Nuestro Señor Jesucristo se dirigió en el Apocalipsis. Son siete los días que marcharon los israelitas alrededor de Jericó antes de que sus murallas cayeran. Siete fueron las veces que el profeta Elías ordenó a Nahamán que debía sumergirse en el río Jordán para ser curado de su lepra, y a eso habría que añadir que los múltiplos de siete son utilizados en el Libro Sagrado con mucha frecuencia para indicar lo completo de un asunto. Según el profeta Daniel, serían setenta semanas las que transcurrirían para la llegada del Salvador y hasta el propio Jesucristo recomendó perdonar setenta veces siete a quienes nos ofenden, lo que no deja ninguna duda de la importancia de los Sagrados Escritos hacia tan significativo número.

Si mi desconocida madre hubiese tenido el contratiempo de parirme antes o después del día que lo hizo, es muy posible que mi vida hubiera corrido una suerte muy distinta y en vez de estar narrando estos hechos, mi cuerpo, aunque sacramentado, probablemente hubiese sido pasto para algunos de los lobos que merodeaban por esas tierras. Pero la providencia me tenía reservado un destino diferente.

A través de toda mi vida, he conocido a monjes, abades, madres prioras, reyes e incluso me gané la confianza de Elipando, el obispo de Toledo. Mi existencia no solo transcurrió en el tortuoso mundo de la Iglesia, también he comido con reyes, trovadores, princesas, y hasta tuve el privilegio de acudir a la coronación del gran Carlos el *Grande* por el papa de Roma León III como emperador de los francos y germanos. Es más, se me solicitó mi humilde intervención en algunos peliagudos y espinosos conflictos teológicos que estaban ocasionando mucho escozor en una Iglesia que parece condenada a no entenderse, no como teólogo, por supuesto, que jamás lo fui ni interés en ello tuve, sino como secretario, ya que, gracias a la instrucción recibida como amanuense, me he sabido mover en todas

las aguas sin que ni unos ni otros sospecharan de mi integridad de ideas. Reconozco que no puedo presumir de ser fiel a algunas doctrinas religiosas que un día me han parecido acertadas y al día siguiente erradas en función de quién y cómo se las defendiese, pero sí he tenido claro a qué individuos debo lealtad, por quiénes estaría dispuesto a sacrificarme y a quiénes estaría dispuesto a sacrificar de entre toda la multitud de personas que han poblado mi larga vida.

Ahora, que ya mis pies no me permiten caminar y estoy esperando el final de mi existencia muy cerca de la iglesia donde esa pobre mujer me abandonara un día de julio de hace más de siete décadas, he resuelto escribir mis muchas y más que entretenidas vivencias. En un rincón de mi mente, todavía lúcida, se encuentran todos esos personajes, muchos de ellos ya desaparecidos, que dejaron una profunda huella en mi vida. Es hora de recordarlos a todos antes de que mi razón inicie los senderos del olvido. Al abad Isidoro y a su mujer, la priora Susana, a Elipando, a Beato de Liébana, a la reina viuda Adosinda, a mi querido amigo el rey Alfonso de Asturias, al emperador Carlos, a su hermosa hija Berta y, por encima de todos, a ella, a Lea, quien desde el momento en que nuestras vidas se encontraron siendo apenas unos niños transformaría mi existencia para siempre. La mujer que me hizo conocer la dulzura de la miel y el amargor del ajenjo. La mujer que murió y resucitó.

Lea. Lea. Es por ella y para ella por lo que revivo todos mis recuerdos aun a sabiendas de que jamás los leerá.

CAPÍTULO 2

—Se llamará Juan —decidió la priora Susana nada más comprobar la marca sonrosada de mi nuca que me sirvió de salvoconducto para la entrada en el monasterio de San Antonio, en donde transcurrirían los primeros años de mi vida.

El monasterio de San Antonio era un cenobio dúplice situado a pocas leguas de distancia de la metrópoli de Toledo. Era un pequeño recinto en donde residían once personas. Seis varones y cinco mujeres. Un pequeño monasterio familiar formado algunos años atrás por Isidoro y su esposa, Susana, que tomándose muy a pecho las palabras de Nuestro Señor Jesucristo cuando dijo: «Si quieres ser perfecto, ve a vender lo que tienes y dáselo a los pobres, así tendrás un tesoro en los cielos. Luego ven y sígueme», decidieron pasar la última etapa de su vida dedicada al Señor mediante la oración en una total renuncia hacia todo lo terrenal con la confianza de que tales sacrificios les ayudarían a conseguir la salvación eterna después de una vida que, por lo que llegué a saber posteriormente, al menos en el caso del abad Isidoro, no había sido tan piadosa como debía, ya que por culpa de su incontinencia carnal había sembrando de hijos bastardos a casi todas las mujeres de su hacienda a excepción de su esposa Susana que, por esos caminos inescrutables de Dios, jamás pudo engendrar hijos en su vientre. Para tan loable fin levantaron con sus muchos bienes una iglesia en los latifundios de su inmensa propiedad e invitaron a sus siervos más allegados a compartir con ellos tal vida de santidad en un retiro que, a buen seguro, los limpiaría de las impurezas de la carne

y los acercaría al Salvador. Una invitación más bien impuesta que sugerida porque, de negarse a ello, todos sus siervos se quedarían en la más absoluta indigencia sin amos a quien servir y abocados a la más dura de las pobrezaas en esas tierras yermas del interior de la meseta. Obtener los permisos necesarios para poner en marcha la andadura monástica no fue difícil porque la priora Susana era sobrina nada más y nada menos que del obispo Elipando, metropolitano de la Iglesia de Toledo, quien supervisó todos los trámites para que el monasterio de San Antonio iniciara su función sin impedimentos de clase alguna y hasta el insigne obispo toledano llevó a cabo su consagración un día del Pentecostés del año 769, algo que yo no conocí, pero que por lo que me refirieron fue de una gran solemnidad y boato, con gran parte de la curia eclesiástica toledana asistiendo al evento. Jamás se conoció en todas esas latitudes una ceremonia tan grandilocuente. Incluso hubo un gran festín *a posteriori* para celebrar el magno acontecimiento con carne de venado asado en abundancia, vino de la región y dulces de manteca y almendras para tan distinguidos invitados. Durante décadas no se olvidaría en los alrededores un día tan señalado como el de ese significado día de Pentecostés.

La priora Susana, a la que yo tengo que agradecer mi existencia, era una mujer enjuta, de gran estatura para ser hembra, carnes flacas, unas manos muy largas con la piel llena de manchas pegada a los huesos y a las oscuras venas, que se asemejaban a garras de ave, y una frente muy ancha surcada de unas líneas muy pronunciadas que hacían presumir un carácter adusto y poco dado a la risa. Tenía un ojo algo más desviado que el otro, por lo que cuando te miraba no sabías muy bien hacia dónde dirigía su ojeada. No sé cómo sería de más joven porque en el momento en que yo la conocí rondaría una vejez de cincuenta años, pero a mi corto entender sobre ciertos temas me resultaba fácil comprender que el que fuera su esposo antes de su recogimiento espiritual, el abad Isidoro, prefiriera la compañía de otras mujeres en su lecho antes que la de su venerable esposa. Los criados, que ahora ya no lo son porque la vida en el

monasterio no entiende de amos y esclavos, aunque trabajen como tales en nuestro cenobio, me dicen que de joven era exactamente igual, salvo en lo de las arrugas de la frente y las manchas de las manos; es decir, que siempre fue una mujer de avinagrado carácter achacado, según me cuentan, a su esterilidad y a saberse engañada por un marido que iba dejando progenie en todas las sirvientas y que, por esos insondables senderos divinos, no conseguía que el vientre de su esposa fecundase. Al margen de lo dicho, yo solo puedo hablar mucho y bien de la priora, porque al recogerme vio en mí ese hijo que el Altísimo le había negado en su juventud y me adoptó como propio, aunque sus pechos secos jamás me amamantasen. Incluso mi nombre, Juan, me fue concedido en recuerdo de la milagrosa maternidad de santa Isabel cuando el ángel Gabriel le comunicó que sería madre en su ancianidad de nada más y nada menos que de san Juan Bautista.

El abad Isidoro poseía otro talante. Su piedad, fuera de toda duda, aunque su mujer se la enjuiciara en muchas ocasiones, no llegaba a los extremos de la priora. Le gustaba reír y lanzaba unas miradas cargadas de deseo a todas las mujeres del monasterio, por lo que Susana se aseguraba cada día de que las celdas de las hermanas quedaran atrancadas durante la noche. De todas formas, para ese entonces el abad ya no era lo que fue en su mocedad, por lo que la virtud de las hermanas no corría peligro alguno en lo que a hechos se refiere, ya que en lo que tiene que ver con los pensamientos del abad, eso es asunto que entra solo en la jurisdicción del Todopoderoso. Desde algún tiempo atrás, el abad sufría de una enfermedad en sus partes viriles que le dejaba inutilizado para el acto carnal. Su esposa siempre tuvo la seguridad de que fue el resultado de un castigo divino en justo pago por su incontinida lascivia. Esa fue principalmente la causa de que Isidoro accediera a instancias de su persistente esposa a llevar una vida célibe y monástica que le congradara con Dios después de la vida tan libertina y desordenada con la que había hecho tan desgraciada a su esposa. Las amenazas de un tormento eterno en el llameante infierno pu-

dieron en su ánimo y puesto que, tal y como le habían dicho todos los médicos a los que consultó, ya no existía la menor posibilidad de volver a gozar con mujer alguna, Isidoro aceptó con sumisión y humilde arrepentimiento el destino impuesto por su mujer. Bien mirado, la castidad como disciplina espiritual, a su edad y con sus antecedentes, era una forma expiatoria que le redimía de su vida pecadora y le aseguraba la salvación eterna.

El que el monasterio se consagrara a san Antonio no fue fruto de la mera casualidad.

Según dicen las historias de los hombres y mujeres que gozan de la santidad divina, san Antonio fue el campeón de las tentaciones de la carne. Le tocó luchar durante toda su vida contra sus enloquecidos y carnales deseos propios de su condición de varón. El maligno intentaba por las noches hacerle presa de obscenos pensamientos e incluso llegó a aparecersele en forma de una hembra hermosa para tentarle y hacerle caer en el pecado, pero san Antonio se refugió en la oración y Dios le concedió las fuerzas necesarias para que el pecado carnal no le subyugara. Según decía la priora Susana con buen tino, si san Antonio pudo resistir todas esas tentaciones gracias a la oración, su esposo no podía ser menos. Un hombre no tiene ni más ni menos que otro por muy santo que la Iglesia le consagre. Un testimonio no carente de razón, aunque en el caso del abad Isidoro no tuviese la misma fuerza porque no necesitaba de cilicios ni algún otro castigo corporal para mantener a raya un cuerpo que ya no le obedecía. De todas formas, y para evitar tentaciones innecesarias, la priora Susana despidió a las sirvientas más lozanas y solo mantuvo en el monasterio a las menos deseables para que no hubiera peligro de que los varones del cenobio, incluido su esposo Isidoro, tuviesen sueños pecaminosos. Que con la mente también se peca.

El resto de los miembros de nuestro pequeño monasterio consistían en Teodulfo y Bermuda, un matrimonio que antes del ingreso en la abadía eran los cocineros de la rica hacienda de los ahora abad y priora del monasterio y que seguían desempeñan-

do las mismas funciones, salvo que ya no como matrimonio, sino como castos hermanos espirituales junto con su hijo Mestulio, que contaba dos años más que yo. Los hermanos Flámulo y Ordoño, encargados del huerto y los animales. La hermana Columba, la más anciana de cuantos allí vivíamos, poseedora no solo de incontables años, sino también de unos apreciados saberes entre los que destacaba un amplio conocimiento del uso y virtudes de todas las hierbas sembradas en nuestro huerto, gracias a lo cual podía preparar todo tipo de remedios contra dolencias y achaques y, por último, la hermana Ambrosia, la más joven de la abadía, que mantenía las labores de limpieza del monasterio aparte de sus obligaciones religiosas. Tan solo me resta hacer mención del anciano hermano Julián por quien, en mis primeros años, tenía un sentimiento parecido al miedo, ya que pasaba la mayor parte del tiempo en una pequeña e iluminada estancia leyendo y estudiando manuscritos que el mismo Elipando, tío de nuestra priora, había donado al monasterio para enriquecer su biblioteca.

El monasterio de San Antonio se acogió a la Orden de san Benito, que era la de más gusto de la priora, aparte de ser la más popular. Pobreza, castidad y obediencia junto con trabajo eran las principales normas de la orden. Nada que ver con esos ermitaños de origen africano que vivían aislados en cuevas, muertos para el mundo y tan solo dedicados a la oración y a la reflexión. La priora admiraba a esos santos, pero no iban en sintonía con sus costumbres. En una ocasión le hablaron de un santo de tierras lejanas, un tal san Simón, que vivió treinta años sobre un pilar sin menearse ni cambiar de postura. Ella era más de moverse, ordenar y vigilar el trabajo de sus siervos, quienes ahora eran sus hermanos, por más que a ella le costase habituarse a esa fraternal camaradería con los que, tiempo atrás, fueron de condición inferior.

Puestos a elegir, de entre todas las ordenes monásticas, Isidoro también se decantó por la orden benedictina. Al menos, la regla permitía un cuarto de litro de vino diario y cuando el trabajo o el calor del verano lo exigiese, autorizaba a algo más del caldo rojo

siempre y cuando no se llegara al hartazgo o la embriaguez. Quizás lo más duro que encerraba la ordenanza benedictina, sobre todo para un niño, como era mi caso, consistía en los obligados madrugones de los maitines y laudes. Tener que romper el sueño cada tres horas para acudir a la capilla a rezar suponía un sacrificio sin sentido a mi corto entender y que era compartido por la hermana Columba, que propuso a la priora saltarnos las oraciones de la madrugada y en compensación redoblar las oraciones diarias de la prima, tercia, sexta, nona y completas. Una propuesta que no fue aceptada por la priora, quien era de la opinión de que si el fundador de la orden había repartido así las horas canónicas, bien hecho estaba y no era caso de cambiarlas a nuestro antojo. Además, la priora Susana estaba convencida de que ganarse el cielo bien merecía hacer algunos sacrificios.

Como monasterio dúplice que era, hubo de acogerse a la *Regula communis* redactada por san Fructuoso y autorizada con algunos recelos por algunos padres eclesiásticos, según la cual se permitía que las familias vivieran juntas, pero en castidad. Los hijos de los matrimonios podían permanecer en el cenobio junto a sus padres hasta la edad de los siete años. El abad vigilaría a los hermanos y la priora a las hermanas. Vivirían y trabajarían bajo un techo común, pero en celdas divididas y separadas convenientemente. Una fórmula algo complicada para los que en su día vivieron como matrimonio, pero de estricto cumplimiento para mantener la castidad exigida por la orden monástica.

Dado lo difícil que resultaba una convivencia semejante, cada vez eran más los entendidos de la Iglesia que levantaban sus voces para que los monasterios se dividieran en función de su sexo. El rey Alarico dispuso que, para evitar tentaciones, los cenobios de vírgenes se construyeran alejados de los varones y, años más tarde, Justiniano se sumó a esa misma voluntad. Sin embargo, tales medidas resultaron inútiles, ya que otras voces argüían, no sin razón, que el que hermanos y hermanas vivieran en el mismo monasterio era una forma de dar protección, auxilio y cuidado espiritual a las

hermanas no dejándolas al arbitrio de desalmados que pudieran ocasionarles graves penurias por su indefensión y tanto más desde que esos adoradores de Alá campeaban por nuestras tierras como sus nuevos amos.

Dado que el asunto en cuestión estaba causando no pocas disensiones y controversias dentro del seno de una Iglesia siempre a la greña por un sinfín de divergentes opiniones sobre infinidad de temas, se llegó a la conclusión, no del todo aceptada, de no conceder nuevos permisos a los monasterios dúplices y permitirlos tan solo a los que ya estaban establecidos.

El monasterio de San Antonio fue de los últimos en tener ese particular modo de convivencia.

CAPÍTULO 3

Mis primeros años en el monasterio los recuerdo felices jugando por los patios junto a Nestulio, el hijo de los cocineros, embadurnándonos de barro, jugando con los animales y recogiendo algunos de los vegetales sembrados en nuestro huerto que después llevaríamos a la cocina para que Teodulfo y Bermuda, los padres de mi amigo, prepararan los guisos para todos los hermanos. El abad Isidoro en ese campo, como en otros muchos, era del pensar que, como recoge el Libro Sagrado, no existe nada mejor que el hombre coma y beba y vea el bien por todo su duro trabajo como si fuera una merced que el buen Dios concede a sus hijos. La priora, que en casi todo tenía puntos de vista que contrariaban al que fuera su marido antes de recibir la vocación religiosa, se quejaba de que la gula es un pecado imperdonable y que comer en exceso embrutece y nos aleja del espíritu de sacrificio recomendado por san Benito.

—Miradme a mí —nos decía a modo de ejemplo—. Con un pedazo de pan seco y una bacinilla de leche puedo pasar el día y contentar mejor al Creador, que ha de sentirse más feliz viéndonos llevar una vida abnegada y humilde que otra disoluta. Nada mejor que tener vacío el estómago para henchir de virtudes el alma.

El abad, como era lo habitual, la miraba con aire desaprobatorio y replicaba haciendo una vez más uso de los Santos Escritos para dar réplica a la que en otros tiempos fuera su mujer:

—«Comerán los humildes hasta quedar saciados», dice el salmista, y a buen seguro contaba con la aprobación del Todopoderoso.

Llegado al punto de no encontrar argumentos apropiados a las citas bíblicas que el abad manejaba con tanta elocuencia, la priora lanzaba a Isidoro una de esas miradas suyas cargada de desaprobación con el ojo centrado y con grandes zancadas salía de la iglesia y se dirigía al establo para comprobar si las hermanas Columba y Ambrosia habían sido capaces de ordeñar a las cabras sin que alguna de las patadas de los rebeldes animales entorpeciera tan elemental trabajo.

La hermana Columba había sido en su vida seglar la criada más vieja de Susana. Había perdido algo de oído y su cuerpo empezaba a empequeñecerse a costa de sus años y su mucho bregar. La priora, demostrando su infinita caridad cristiana, no quiso abandonarla a su suerte y, tras meditar mucho y haciendo largos rezos para que el Señor la dirigiera en asunto tan delicado, decidió que la anciana los acompañase en esa nueva andadura aun a sabiendas de que no eran muchas las faenas que podía exigirle. Algo debió influir en la decisión el hecho de que Columba disfrutaba de un don especial: conocía todas las hierbas de los alrededores y sabía mezclarlas para sacar de ellas emplastes y pócimas que curaban toda suerte de dolores y protegían contra los malos espíritus. Me gustaba escuchar a Columba cuando me refería la valía de las plantas y aún recuerdo, pese a los muchos años transcurridos, algunas de sus lecciones, que me fueron de gran utilidad para ocasiones futuras como, por ejemplo, utilizar la melisa para bajar las fiebres del cuerpo, el ajenojo para expulsar las lombrices, la caléndula para mejorar la visión y curar la tristeza o la bardana para purificar la sangre entre otras muchas más distintas propiedades de ese mundo de herbajes y raíces que Columba conocía con asombrosa sabiduría y que habían sido la causa principal de que su cuerpo estuviera doblado de tanto agacharse para recogerlas.

—Aunque he de confesarte que no todas tienen el resultado deseado —me comentaba Columba mientras pulverizaba en un mortero algunas de esas plantas secas y las introducía en tarros ante mi atenta mirada infantil—. He preparado caldos de man-

drágoras para la priora durante años para tratar su incapacidad de engendrar hijos sin resultados, ni las cebollas con vinagre y leche o los berros de agua con escarola y vinagre que tanto ayudan para preñar a las hembras han logrado esa ansiada descendencia. Su vientre no responde a tratamiento alguno.

Y bajando la voz hasta un susurro apenas audible, Columba sonreía y me decía dejando ver la ausencia de algunos dientes:

—Y os puedo asegurar que mucho empeño puso en ello, que el amo Isidoro deseaba un heredero legítimo a quien poder legar su hacienda y fortuna. Pero no estaba de Dios que Susana conociese esa dicha que a otras mujeres les sobra. De ahí le vino a mi señora ese mal carácter que se gasta, que cuando era moza alguna que otra sonrisa dibujaba su rostro y hasta en una ocasión, y por mucho que os cueste creerlo, le escuché una carcajada; pero todas esas alegrías, aunque escasas, fueron poco a poco desapareciendo al ver que pasaban los años y no se preñaba. Y por si esos disgustos no fueran suficientes, tuvo que pasar por el menoscabo de saber que su esposo buscaba otros lechos donde yacer y preñar a otras mujeres, que para disgusto de Susana lo hacía con excesiva prolijidad, llenando de hijos ilegítimos todos los alrededores a varias leguas a la distancia.

Había comprobado que cuando Columba hablaba de la priora, en las más de las ocasiones se olvidaba de su rango eclesiástico y se dirigía a ella como la ama que fue durante muchos lustros de su vida y que por más que la priora la reconviniere para que se dirigiera a ella de la manera apropiada, a la hermana Columba se le resistía y la priora la regañaba de muy malos modos por su torpeza y se censuraba de haber sido demasiado blanda con ella diciendo que debía haberla abandonado a su suerte en vez de invitarla a ese recogimiento espiritual que no se merecía, como muy bien lo demostraba cuando se quedaba dormida en las oraciones matinales. Con el paso del tiempo, comprendí que todas esas palabras de la priora eran amenazas huecas y una manera de desfogarse de sus muchas preocupaciones por todos nosotros porque la priora, pese

a ese espinoso carácter con el que nos trataba a todos en el monasterio, era una mujer piadosa y bienintencionada que, aunque abusaba de una férrea disciplina que a todos nos escocía, lo hacía porque lo consideraba el mejor camino para la salvación de nuestras almas.

A Columba, ninguno de esos gruesos comentarios le alteraba el carácter y era capaz de sostener la mirada de la priora sin acobardarse ni dar réplica y, porque a buen seguro, conocía muchos asuntos secretos del abad y la priora que bien podría haber difundido y jamás hizo.

Eso bien absolvía a la anciana de las muchas cabezadas en los rezos de los maitines.

Quien más disgustos provocaba a la priora era la hermana Ambrosia. La hermana Ambrosia era una muchacha de unos dieciséis años regordeta y de formas demasiado generosas, incluso difíciles de ocultar bajo el modesto hábito de paño de lana parda con el que se vestían las hermanas y que aprisionaba en la cintura con un cordón de rústica cuerda que cerraba con tres fuertes nudos en señal de pobreza, castidad y obediencia. Era una doncella honestísima, muy devota y trabajadora, pero con una perenne sonrisa en los labios que desagradaba mucho a la priora, que era de la opinión que la risa es un arma del diablo que tan solo consigue avivar los apetitos carnales de los hombres.

—Cuando uno deja de ser niño —argüía la priora notablemente molesta—, debe abandonar la risa. La vida cristiana no casa bien con el vano jolgorio que nos aleja del espíritu contrito que se espera de los que nos hemos consagrado al servicio de nuestro redentor.

En eso, como en casi todo lo demás, el abad Isidoro disentía de la priora, arguyendo que, aunque escasos, también hubo en el pasado profetas de los grandes e importantes que embromaban y sabían gastarse buenas risotadas como, por ejemplo, el profeta Elías en el Carmelo cuando desafió a los adoradores del dios falso Baal.

—¿O acaso no recordáis cómo estuvo bromeando a costa de ellos y diciendo que si su dios no los escuchaba tal vez fuese porque estaba meditando, se había ido de viaje o estaba descargando

su vientre? ¿No son esos argumentos de alguien que gusta de reírse, aunque fuera a costa de sus enemigos?

En ese caso concreto, la priora Susana mostró una agudeza superior a la de Isidoro, porque utilizando sus mismas armas para contravenir unos comentarios que, según ella, rozaban lo sacrílego, repitió un pasaje del Eclesiastés.

—¿Y acaso vos, que tanto aludís a los escritos sagrados pervirtiendo su sentido en las más de las veces, no sabéis que el sabio Salomón dijo que «mejor es el pesar que la risa porque con las tristezas del rostro se enmienda el corazón»?

No había forma de que esa pareja de religiosos llegara a un acuerdo de pareceres, y menos aún en el caso de la hermana Ambrosia. Para la priora era de estricta necesidad que la joven mostrase una conducta más sobria y dejase de sonreír, aunque lo hiciese de una forma inocente por ser parte de su natura, mientras que el abad era del parecer de que si el Señor había dotado a la joven de esa condición, oponerse a ello era ir contra la voluntad divina y, por tanto, una manera de reprobear al mismo Creador el haber hecho las cosas como las había hecho.

He de confesar que, al margen de los conflictos teológicos que ocasionaba la sonrisa de la hermana Ambrosia, a mí me deleitaba mucho verla reír, al igual que me gustaba verla correr detrás de las gallinas, hurtar a escondidas algún que otro huevo de las ponedoras y hacer un agujerito con un fino palito que llevaba en uno de sus bolsillos y sorber su interior con placer. Me agradaba contemplar cómo ordeñaba las cabras o cómo limpiaba los cobertizos de los cerdos, sobre todo cuando se levantaba algo más de lo acostumbrado las sayas de su túnica parda y se las recogía con el cinturón de cuerda para no mancharse los bajos con las suciedades de los animales, dejando asomar sus piernas blancas y rollizas, y disfrutaba oírla canturrear cuando no era la hora de hacerlo y pensaba que nadie la escuchaba.

Jamás olvidaría la alegría de la hermana Ambrosia, que tan buenos momentos me hizo disfrutar.

CAPÍTULO 4

De los hermanos Flámulo y Ordoño tan solo recuerdo su laboriosidad y entrega a los trabajos asignados sin la menor réplica y con la sumisión que se esperaba de quienes habían consagrado su vida al Señor. Su silencio solo era interrumpido cuando de niños, en nuestras correrías por el huerto, les estropeábamos algún que otro sembrado o los distraíamos de sus rezos con nuestras risas, que todavía no las teníamos prohibidas por la priora, aun a sabiendas de lo mucho que le disgustaban, por lo que procurábamos no reírnos nunca en presencia de ella. Flámulo era un hombre de barriga prominente que sudaba a chorros en los veranos cuando el sol arreciaba con fuerza y que castañeaba sus dientes en invierno con los fríos y las heladas, pero que realizaba todas las faenas del huerto que cuidaba con mimo como si la vida le fuera en ello. Las zanahorias, calabazas, puerros, nabos y demás vegetales que consumíamos eran tratados por el hermano Flámulo con mayor cariño y más atenciones que los niños, que recibíamos más de un zurriagazo cuando le estropeábamos alguno de los surcos trabajosamente cavados en la tierra.

Del hermano Ordoño, apenas guardo recuerdos. Era un hombre tan callado que no se hacía notar. Su cuerpo delgado y de corta estatura encerraba un alma silenciosa entregada a la oración y el recogimiento. Apenas comía. Al abad tanta santidad le repelía, pero, como era de esperarse, a la priora le era muy de su gusto y miraba al monje con una expresión de bondad inusual. No disfrutaba de buena salud y en los inviernos tenía una tos ronca y persistente que

parecía salirle de una caverna y que no cesaba en semanas pese a los brebajes que Columba le preparaba. Tal vez la tos del hermano Ordoño sea el recuerdo más significado que guardo de él.

Y ahora narraré un acontecimiento que me causó una gran conmoción y que no se me borraría de mi mente durante mucho tiempo, acompañándome sin proponérmelo ni deseárlome en mis sueños durante muchas noches de mi vida.

El hermano Flámulo nos ordenó a mi amigo Mestulio y a mí que lleváramos unas zanahorias que acababa de recoger a la cocina para ser preparadas por la hermana Bermuda. Lo hicimos sin rechistar porque de lo contrario el hermano Flámulo no tenía reparos en sacarse el cinto de cuerda con el que se sujetaba las sayas y restregárnoslo con fuerza sobre nuestras espaldas.

Cuando llegamos a la cocina cargados con los productos de nuestra pequeña huerta, Mestulio y yo fuimos testigos presenciales de la íntima compenetración que hombre y mujer efectúan para satisfacción o complacencia de sus naturas. Ciertamente es que yo había presenciado a escondidas de la priora Susana ciertos comportamientos similares entre algunos de los animales que teníamos en el monasterio, pero eso era algo distinto a lo que mis ojos contemplaban hacer entre Teodulfo y Bermuda. Al ver a sus padres en una situación tan contraria a las reglas que la abadía disponía, Mestulio dejó caer su carga al suelo provocando un sonoro estruendo que distrajo los placenteros quehaceres de sus padres. De inmediato y con grandes vergüenzas, Teodulfo nos miró con sentimiento trasgresor mientras la que en otra vida fuera su esposa se sonrojaba avergonzada y con mirada huidiza recomponía sus modestas sayas. Tras unos instantes de estupor y desconcierto, Teodulfo se acercó hasta nosotros y nos hizo jurar que no revelaríamos a nadie lo que acabábamos de contemplar, en especial a la priora Susana.

—Es difícil desacostumbrarse a lo que ha sido lo normal entre nosotros hasta que nos obligaron a entrar en el monasterio —nos dijo Teodulfo justificando su impropia conducta—. Además, no puede ser malo lo que está santificado por Dios por los sagrados lazos del matrimonio.

Algo más arguyó para que ni su hijo ni yo soltáramos la lengua y a buen seguro algo de razón llevaba en ello porque con el tiempo comprendería que a dos personas que se tienen fuerte querencia y que han vivido como matrimonio durante muchos años se les debía de hacer muy difícil vivir a modo célibe y tanto más si por sus trabajos se veían forzados a convivir muchas horas del día juntos. Estoy convencido de que, de saberlo, el abad Isidoro hubiera sido indulgente con ellos, pero no tanto la priora, que jamás hubiera permitido esa conducta que contrariaba las normas de castidad que ella pregonaba en palabras y hechos con tanta efusión. Si llegaba hasta sus oídos que algo así ocurría en el interior del monasterio de San Antonio, no le hubieran dolido prendas en arrojar a Teodulfo y Bermuda junto a su hijo Mestulio a las penurias de una vida fuera del recinto religioso sin apiadarse de su suerte porque, pese a la incuestionable bondad de su corazón, la priora era del parecer de que en casos de desobediencia extrema y deliberada a las normas de san Benito, nadie merecía perdón porque puestos a tener que elegir, es la justicia la que debe imponerse sobre la blandeza del corazón, por mucho que este nos incline a lo contrario.

Por supuesto que Mestulio y yo juramos no referir a nadie los hechos de los que acabábamos de ser testigos y tanto más al ver llorar a Bermuda como a la Magdalena del Libro Sagrado, pero esas escenas quedarían grabadas en mi mente como a fuego durante mucho tiempo y aún a día de hoy, y pese a los muchos años transcurridos, me siguen rondando por algunos de los huecos de mi sesera para recordarme lo difícil que resulta contrariar la voluntad del corazón cuando existe una fuerte querencia por más que flagelemos nuestras espaldas con azotes.

Dudo mucho que Teodulfo y Bermuda repitieran algo parecido después de haber sido descubiertos. Estoy casi convencido de que desde ese aciago e inesperado encuentro vivieron en la castidad que se esperaba de ellos por el temor y la vergüenza de volver a ser descubiertos, pero también es cierto que desde ese entonces se volvieron personas mucho más tristes y Bermuda perdió el brillo

de su mirada. Un cambio en sus costumbres que, sin saber a qué obedecía, satisfizo mucho a la priora.

Además, sus guisos se volvieron bastante más insípidos.

Al cumplir los cinco años, el abad Isidoro vio oportuno que pasara algunas horas al día junto al hermano Julián para que me enseñara algo de latín y que me iniciara en el mundo de la escritura. Era la primera y tal vez única ocasión en que la priora estuvo de acuerdo con el que fuera su esposo. Para mí esa armonía de voluntades fue causa de mucho disgusto porque lo que menos me apetecía era estar a solas con el hermano Julián, por quien sentía pavor.

El hermano Julián era un monje anciano y solitario que pasaba casi todo el tiempo entre libros. Por su avanzada edad estaba exento de algunas de las labores de índole doméstica y tanto el abad como la priora le tenían en una consideración más que extraordinaria. De aspecto famélico, barba rala y cana y tantas arrugas en su rostro como surcos había en nuestra huerta, el hermano Julián era dueño de una sombría expresión en su rostro que no alteraba por nada, salvo cuando entrecerraba sus ojos para facilitarle mejor la lectura de sus libros. Por lo que a mis oídos me llegó, había sido instructor del propio obispo Elipando, quien a su vez era tío de la priora Susana. El que estuviera incorporado a nuestro cenobio fue por petición expresa del primado de Toledo a su sobrina, ya que deseaba para el que fue su maestro de juventud un retiro tranquilo que le permitiese pasar sus últimos años de vida consagrados al estudio y a la lectura lejos del bullicioso mundo eclesiástico de la curia toledana que el anciano tanto repudiaba por no estar en consonancia con su carácter. Para la priora suponía un privilegio sin igual tener a tan destacado maestro de teología respirando el aire tranquilo del humilde monasterio de San Antonio.

Pese a la gran fama que acompañaba al hermano Julián, o quizás precisamente por ello, yo sentía una gran turbación cuando estaba ante su presencia, pero he de reconocer que los años que disfruté, o más bien padecí, su instrucción sentarían las bases de mi vida en el futuro. El hermano Julián había estudiado en York

y había sido durante algún tiempo en su juventud compañero del mismo Alcuino antes de que este se convirtiera en el eminente maestro, teólogo y consejero del emperador franco Carlos el Grande. Con el hermano Julián aprendí *el trivium y quadrivium*, es decir, las siete artes que comprenden la gramática, elocuencia, dialéctica y retórica junto a las matemáticas, aritmética, geometría, astronomía y algo de música. Sin olvidar los estudios de teología, a los que dedicábamos especial interés.

En asuntos teológicos, el hermano Julián era un firme defensor de la enseñanza adopcionalista, que también compartía con el obispo Elipando. Por no meterme en los complicados vericuetos dogmáticos que eran tan del gusto de mi maestro, esa enseñanza consistía en aceptar a nuestro salvador Jesucristo no como Dios, sino como su hijo adoptado aquí en la tierra. Una enseñanza en buena sintonía y algo deudora del arrianismo, que durante siglos significó la creencia en Hispania hasta que al rey goda Recaredo le dio por cambiarla al concepto trinitario, más de acorde con la poderosa Iglesia de Roma.

Todas esas largas y tediosas disertaciones de conceptos religiosos que tanto me aburrían iban acompañadas por las lecturas de insignes maestros como Agustín de Hipona, o los escritos de Isidoro o Leandro. También las lecturas de la Biblia tenían su lugar, en especial los Salmos y el Nuevo Testamento, que al hermano Julián le gustaba recitar con esa voz profunda y cavernosa que tanto me amedrentaba en mis primeros años de infancia.

He de confesar que, sin restar valor a las sublimes enseñanzas de Cristo en los Evangelios o a los entretenidos viajes de los primeros misioneros cristianos, me sentía especialmente cautivado por las lecturas del Apocalipsis con todas esas descripciones de extraños y misteriosos animales descritos que avivaban mi imaginación.

